



**Palabras de bienvenida pronunciadas por
S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino en la apertura de la
Asamblea Nacional de Caritas Cubana.**

**Casa San Juan María Vianney,
1 de febrero de 2007.**

Queridos hermanos y hermanas:

Se inaugura hoy este Congreso Nacional de Caritas Cuba que reúne a las caritas diocesanas de nuestro país con la presencia de algunos hermanos nuestros venidos de otros países a quienes damos la más cordial bienvenida.

La caridad de Cristo nos apremia, decía San Pablo, es la caridad de Cristo la que nos congrega ahora aquí. No es ésta una reunión de técnicos o especialistas en algún tipo de servicio social que la Iglesia, como institución, brindaría a la población. Puede no faltar, y de hecho no falta entre el número de participantes en esta Asamblea, un grupo de personas con capacitación profesional en diversos campos de las ciencias que tienen que ver con el hombre: medicina, psicología, pedagogía, etc. Pero no estamos ante un curso de superación en ninguna de estas materias, aunque muchas veces pudiéramos seguir cursos que nos capaciten para comprender mejor al ser humano, sus carencias, sus posibilidades, sus expectativas actuales. No se trata simplemente de una reunión de balance para apreciar el cúmulo de trabajo realizado, con un conteo matemático de gastos, con un análisis detallado del cumplimiento de los diversos programas que se realizan, con las dificultades y posibilidades halladas en el camino recorrido en un tiempo determinado. Tampoco será cuestión aquí de la preparación de un plan concreto que incluiría programas, presupuestos, perspectivas que pudieran preparar u organizar el futuro más o menos inmediato. Normalmente las reuniones de cualquier entidad hoy tocarían algunos o muchos de estos puntos que he esbozado con un deseo válido de concretar, de llegar a conclusiones precisas, de planificar ordenadamente, para que las deficiencias encontradas se superen, con gran preocupación por la eficacia y por la contabilización de los resultados y de los fallos.

Pero no es así como vamos a proceder. Debemos superar esos propósitos. Más bien trataremos de atravesar el bosque tupido de esas mediaciones necesarias: proyectos, programas, deficiencias encontradas, expectativas futuras, costos, para encontrar el objeto primero y fundamental de todo nuestro quehacer: el hombre y la mujer concretos, necesitados de algún modo de ayuda, de una mano tendida, sea en su situación personal o individual, familiar o social. Se trata de mirar con atención para descubrir al que requiere apoyo y descubrirlo en su propia realidad, en su situación ambiental, en el estado psicológico propio de su enfermedad, de su ancianidad, de su soledad, de su desesperanza

ante el fracaso. Por esto, no será la nuestra una consideración de orden filantrópico, que pretende remediar los males de la humanidad aportándole los bienes de que carecen los más necesitados, socorriéndolos en su pobreza, preocupándonos por llenar sus vacíos de justicia y de solidaridad, con un horizonte servicial y humano, pero circunscrito a remediar carencias, a saciar el hambre, a dar al ser humano lo que materialmente le falta, persuadidos de que las necesidades y sus reclamos encuentran respuesta simplemente en la satisfacción de las carencias materiales, como si se tratara de completar lo inacabado, de llenar vacíos, de aliviar penurias aportando lo que concretamente falta. Algo más que esto preocupa a nuestro Congreso Nacional de Caritas. Nos interesa más bien el ser humano en su concreta realidad.

En el Antiguo Testamento, especialmente en el libro del Deuteronomio, encontramos en distintos preceptos y normas, una descripción de lo que era esencialmente la justicia en aquella etapa de la historia del pueblo elegido. Justicia era el comportamiento adecuado en medio de la sociedad. La justicia consistía en comportarse bien con los demás en lo material y también en el trato interpersonal. El justo en la Biblia aparecía como el hombre bueno: el que da de lo que tiene, el que no es usurero cuando presta al prójimo, el que atiende al desvalido, el que no ofende con sus palabras al otro, el que respeta el orden y no transgrede lo establecido por los códigos sociales y religiosos, etc. Esta expresión de la justicia, que es diversa de la concepción que podemos encontrar después en el Derecho Romano y en las formulaciones posteriores fundadas sobre este Derecho, que la definen como “dar a cada uno lo suyo”, era una actitud de atención al otro y a los otros, era una manera superior de tratar al prójimo, que incluía algo más que “dar a cada uno lo suyo”, pero no llegaba a ser aún lo que podemos llamar ahora la caridad. Para esto debíamos esperar la llegada de Jesucristo.

Jesús comienza su predicación anunciando que el Reino de Dios ya está en medio de nosotros. En verdad El se sabe portador de ese Reino que se asienta en el corazón humano, haciendo presente el amor en el mundo de una manera novedosa. Es la irrupción de la misericordia, del amor del Padre lo que Jesús trae y hace presente en medio de los hombres. La antigua justicia del hombre bueno queda superada: *“Se les dijo a los antiguos ama a tu amigo, y odia a tu enemigo, pero yo les digo más, amen a sus enemigos, recen por quienes los persiguen...”* (Mt 5, 43-44). Jesús dicta una ley nueva que sobrepasa el amor benevolente y lo convierte en un amor heroico: *“al que te pide la túnica, dale también el manto, al que te dice camina conmigo una milla, camina dos con él”* (Mt 5, 40-41). Este amor que Jesús enseña funda un nuevo tipo de relación humana: *“si tú saludas a quien te saluda, ¿qué merito tienes?, eso lo hace también la gente común”* (Mt 5, 47). Estamos ante el establecimiento de un orden de relaciones sociales fundadas sobre el amor, sobre un amor de sobrepasamiento, que incluye el perdón del hermano hasta setenta veces siete, que pide de nosotros que seamos misericordiosos como el Padre es misericordioso, es decir, capaces de considerar con un corazón compasivo y comprensivo la miseria ajena. Es así como Jesús trae a los hombres el Reino de Dios y enseña a desear ese Reino y a orar, pidiendo al Padre, que llegue por fin a la humanidad: “Venga a nosotros tu Reino”. Trabajar por el Reino de Dios, entregarse a la tarea de plantar el Reino de Dios en medio del mundo, es esforzarse por refundar las relaciones humanas en ese amor que es más que la filantropía, que es más que la justicia del Derecho occidental, que es más que la justicia del hombre bueno del Antiguo Testamento. Es un amor congregante, que tiende puentes,

que para llegar hasta el otro es capaz de comprenderlo en su miseria, de perdonar, de olvidarse de sí mismo. Este amor no sólo se refiere a las relaciones interpersonales o familiares, sino que llega a ser, y debe llegar a ser el que funde todas las relaciones en la sociedad humana, de forma que se pueda alcanzar lo que el Papa Pablo VI llamó la Civilización del Amor. La novedad del cristianismo es fundar la sociedad, las relaciones entre hombres y pueblos en el amor de ágape, en el amor de caridad que es propio de los seguidores de Jesús, que encarnó ese amor de Dios Padre al hacerse miembro de nuestra humanidad y compartir nuestra historia.

De ahí que nuestra reunión pueda de hecho hacer algún balance, considerar dificultades concretas en el trabajo realizado, trazar líneas de acción para el futuro, pero teniendo como centro al hombre y envueltos todos por esa corriente de amor que viene de Dios y todo lo puede, todo lo cree, todo lo espera, amor que trasciende toda filosofía y es el amor cristiano. Esto da a nuestro Congreso una identidad propia en sus deliberaciones, en sus análisis, en sus perspectivas que lo diferencian de cualquier otra reunión realizada por una entidad comercial, política o filantrópica.

Lo propio del cristianismo es su esfuerzo por fundar un mundo nuevo en el amor, por esto estamos persuadidos de que el amor cristiano es algo más que una inspiración, irá más lejos que una metodología para que nos comprendamos de manera excelente los seres humanos y podamos escucharnos y animarnos, movidos por un sentimiento alto y hermoso; mucho más que esto es el amor cristiano, que contiene en sí una visión diversa del mundo, estableciendo las coordenadas del devenir humano sobre el eje de un amor que no pasa nunca.

¡Qué bien el Papa Benedicto XVI sitúa este amor de caridad, que es ágape congregante, como la acción fundamental de la Iglesia en el mundo para testimoniar la presencia de Dios en la historia! En su Encíclica “Deus Caritas est” dice al respecto el Papa: “El amor al prójimo fundado en el amor a Dios es ante todo un deber para cada uno de los fieles, pero es también un deber para toda la comunidad eclesial y esto a todos los niveles, desde la comunidad local a la Iglesia particular hasta la Iglesia universal en su globalidad. La Iglesia, en cuanto comunidad, debe practicar también el amor. Una consecuencia de esto es que el amor tiene necesidad también de organización como presupuesto para un servicio comunitario ordenado” (# 20).

¡Cómo se comprende así cuál es la voz convocante de esta reunión, cuál es la metodología que se sigue en ella, cuáles son los sentimientos que animan a los participantes, con qué confianza se mira hacia el futuro!

¡Qué a tiempo llega el llamado del Papa a todos los cristianos para ocuparnos del amor como tarea específica y fundamental de cada fiel y de la Iglesia, cuando ha habido tendencia a hacer del amor sólo medio de inspiración para utilizar después, en nuestra acción social la técnica, la metodología, los estilos propuestos por las ciencias humanas: sociología, psicología y otras, o por las ideologías, buscando eficiencia, efectividad, adecuación a los tiempos modernos u otros fines que pasaron a ser primarios en nuestras preocupaciones; esto penetró no sólo el quehacer servicial de la Iglesia, sino también el compromiso social y político de los cristianos. Algunos estudios sobre el hombre favorecieron planes que contradecían la ética y la tradición cristiana con la intención de servir mejor a la humanidad. En el ámbito socio-político algunos tipos de Teología de la Liberación no sólo se valieron de elementos marxistas para el análisis de la sociedad, sino

lo que es aún peor, abordaron la realidad con una mentalidad dialéctica, de enfrentamiento, de crítica fuerte, llamada en muchos casos profética, yéndose al extremo opuesto de la metodología cristiana del amor que es de suyo congregante, amor de comunión, que siembra reconciliación, que tiende puentes. El cristiano en medio del mundo convoca siempre en el amor y no tiene una postura dialéctica, porque su clave de interpretación del mundo, de la sociedad, de la historia, de las relaciones entre los hombres no es la de oponer o enfrentar, sino la que Jesucristo sembró en nuestros corazones por el amor, que tiene su expresión mayor y sublime en la Cruz, es decir, que no injuria, sino que sufre la injuria, que redime y salva por medio de la propia entrega, no por el aniquilamiento del adversario. Es pues bueno que este Congreso no olvide que el amor se prueba en el sacrificio.

El Papa Benedicto XVI en su Encíclica ha ido a lo esencial del cristianismo, al amor cristiano porque sabe que sólo sobre él puede refundarse una sociedad nueva. Con esta visión de amor, con este sentido de comunión en el amor, mirando al mundo con los ojos del amor que todo lo puede, se estableció Caritas en Cuba hace ya quince años. En ese espíritu debe desarrollarse nuestro Congreso de Caritas, que tratará en último término sobre el deber de cada cristiano y de toda la Iglesia de testimoniar el amor de Cristo al mundo y sobre el deber de organizarnos para hacer presente el amor de Dios a su pueblo. Confiamos a la Virgen de la Caridad, Madre del Amor, este Congreso que hoy comienza, repitiendo con profundo sentido de comunión, de verdadero ágape cristiano, nuestra bienvenida a todos los participantes.

Muchas gracias.